

DE QUE HABLAMOS CUANDO HABLAMOS

Eduardo Dalter

Este encuentro evidencia el acontecer de un ámbito, con sus diversidades, fragmentaciones y destellos, que se extiende a todo el país y, es más, a todo el continente, aunque en esta ciudad no tengamos conciencia bien de él; pero existe y es creciente.

Esta ciudad, en que la dureza de sus adoquines hace a su piso más sentido y también a su folklore. Con manos de poetas, sin embargo, que la han ido desnudando hasta hallarle sus vibraciones más recónditas. De Oliverio Girondo a Discépolo hay un diálogo intenso que camina en las paredes. Y de Bayley queda la búsqueda, sacerdotal diría, de la consagración de cada instante. Porque anchas son sus avenidas. Pero tantas veces el frío arrincona, como a un hombre, año 1976, a punto de ser ejecutado en una esquina. De cualquier forma, la ciudad deja sus calles a los pies, tiene nuestros rostros, y acontece infinita, y en eso sí puede parecerse a la poesía.

La poesía, que es el arma más poderosa de la Tierra. La única que podría desactivar misiles de penumbras y armas bacteriológicas y químicas, que desde que existe nos apuntan. Porque la poesía, con su capacidad iluminadora, es la única arma que puede desactivar al hombre confundido, al hombre oscurecido que llevamos en nosotros, en una cultura de la doble moral, desentendida y mutilante.

Debe estar, irradiar, la poesía en escuelas y colegios; estar en su revelador cuerpo verdadero. Aún me pregunto cómo pudimos acceder —nosotros, que vivimos en poesía— a que se le siga escamoteando a nuestros hijos, a nuestros hermanos, el legado mayor de vida, en espíritu y cuerpo, de los hombres en los tiempos.

Ningún maestro está en condiciones de enseñar de espaldas al conocimiento e iluminación que ha dado la humanidad, constituidos en poéticas. La ausencia de poética en la enseñanza implica una mirada hacia el hombre y la vida, en el mejor de los casos, irrisoria, sin destino.

La luz de John Donne —el gran poeta ocultado al mundo por más de dos siglos— aún ilumina al contacto y abre campos insospechados, siempre fértiles; y el tirón de orejas y el índice incesante del joven Rimbaud aún son ejemplares; así como el rostro desencajado de los versos de Artaud es tan conmovedor como emblemático. Raúl Gustavo Aguirre, y a propósito, expresó alguna vez algo así: «Exenta de poesía, toda noción es sospechosa».

Sin embargo, con todo ese legado que la humanidad vino dejando en nuestras manos, a la sombra de estos días, no sabemos bien qué hacer; por cuáles rumbos caminar o balbucear; o denotamos, entre esta espesura, la inconmensurabilidad de su certeza, que es a la vez mil caminos que se abren. Porque también en esta ciudad la poesía tiene el paso restringido,

medido, como un objeto extraño, que podría estallar en un momento, o bien entorpecer el tráfico, y que es mejor que sólo esté debidamente encuadrada en el fondo de alguna biblioteca. Y la poesía respira esa tensión, esa presión; se ve en la timidez o inseguridad con que lee, como pidiendo permiso, sus poemas; en su actitud corporal; como sintiendo su poética cercada desde su conformación, o ya debilitada, por el discurso aplastante de los pragmatismos más pobres, vaciantes y vigentes.

La poesía debe ir a los colegios, a las escuelas; estar en espíritu y cuerpo en las calles, en los ojos, en las manos, entre la luz y el aire, que en verdad son sus componentes más decisivos y profundos. Nadie más esconda un poema, un amor vívido y desnudo, ni tampoco su soledad y su extrañeza.

El hombre de los siglos, este hombre, no puede ceder más ante lo cercenante que abate lo esencial y establece su dominio. «La vida será nuestra aliada —repetía el poeta Gonzalo Arango— porque nosotros somos sus aliados».

Antes se preguntaba, y ahora también puede preguntárenos, y creo es necesario también hablar de esto, a qué política o entorno político responde tal poética o tal poeta. Y el poeta algunas veces daba un paso hacia atrás o dos, en la creencia de que estaba dando dos pasos adelante, y respondía la pregunta —desde ya habilitándola— cualquiera fuera la respuesta. Mal hechas ambas, obviamente. Es como pretender medir la hondura del mar y su movimiento calmo o impetuoso con una vara o con un balde. En tanto poética y en tanto poeta, se entiende y sobreentiende que la conjunción de la vida y el hombre primará desde sus raíces ontológicas, con todo su universo. No se condeciría a la idea de verdad hasta el punto de belleza ni a la noción más elemental del ser, en su terrenalidad y cosmogonía, una poética, un poeta, a los que la opresión, la devastación, el hambre y la oscuridad del mundo, por ejemplo, les resultaran indiferentes o de poca o ajena importancia.

Habría sí que preguntarle al político, al economista, al magistrado, a qué humanidad, a qué poética, a qué forma profunda de hermanarse se corresponden su política, su accionar y su proyecto. Porque el mundo se encamina, con aceleración cada vez mayor, hacia el suicidio. Con una humanidad que en su mayor parte subsiste infraalimentada, moral y materialmente acorralada, y donde los recursos naturales y tecnológicos son utilizados en términos de abyección y poder con una irracionalidad que parecería ser demencia.

Para dentro de sólo medio siglo —según estudiosos y hombres de las ciencias—, y a menos que exista un cambio muy profundo, los pronósticos de vida son de escalofrío para el hombre y todas las especies de la Tierra.

Concebir la vida al margen de poéticas, con sus instancias esenciales confluyentes, es como concebir el aire sin luz, la luz sin espacio o una flora sin agua, o cualquier otro despropósito.

Acaso las primeras desvinculaciones debamos bucearlas, en tanto ello está específicamente plasmado y consagrado, en el concepto de poética del racionalismo aristotélico; o aún más: en el ideario del tribunal de políticos-filósofos de la polis platónica, piedra en la cual Grecia perfiló geométricamente su caída.

De todas maneras, no han sido sino los poetas quienes han dado forma y situación a la poesía, en destellos y savia, en un decurso tres veces milenario que ha debido atravesar, por encima y por debajo, las inquisiciones y los imperios más variados, hasta arribar a nuestro tiempo, de luces artificiales y amores seriales, como la voz del hombre en fundacionalidad y hondura.

Uno lee discursos de políticos, reyes, religiosos, emperadores, magistrados, dados al cabo de la historia, y advierte la insubstancialidad, cuando no la atrocidad, que hasta puede

corporificar la noche espesa por los siglos y los siglos. Qué vida se podrá urdir de espaldas a la naturaleza y al espíritu.

Una cultura que desoye y reduce en todo cuanto puede a sus poetas, ¿a quién escucha? Una cultura que no puede mirarse a sí misma y a que se miente, ¿a quién escucha?

Ningún pez quiere su asfixia; sabe de alguna forma que es el fin del pez. Ningún ave buscaría perder el movimiento libre de sus alas ni su posibilidad de vuelo. Todo felino ama el sol; lo ama con su instinto y con su lomo; y se echa plácido bajo su caricia y dormita.

Hegel afirmaba el siglo pasado: «La poesía es la instancia más alta del espíritu». Y la poesía en este siglo, de dos guerras mundiales y otras muertes, también ha sido pródiga: desde Georg Trakl a Ungaretti, o desde «Altazor» a Césaire, Ginsberg y Jamís, en una miríada de voces.

Hay que desarmar, abrazar, iluminar con poesía al hombre necio que habita en nosotros y prosigue su marcha vacía, atropellado por la turbulencia sórdida de hechos y desechos.

Oh la poesía, esa humanidad que pone en nuestras manos un legado que pareciera aún no hemos comprendido, que aún no hemos descubierto y que, como un manojito preciso de llaves, indica sin indicar, y abre, abre, abre los caminos a las dimensiones precisas y sus puertas.

La poesía, poetas, desde siempre trató de la luz, del ser y del destino. Y el destino, el ser y la luz son materia e incumbencia de poetas. Debe estar la poesía en escuelas y colegios, repito; estar en su revelador cuerpo verdadero, junto a la incontenible poesía de adolescentes y de jóvenes; también las calles y aires de donde vino, y sobre todo en nuestra respiración y nuestras horas.

Los días dirán si estamos a la altura de este tiempo, en que desde ya se está gestando la vida o la subvida o la muerte de mañana, o si nos extraviaremos en lo intrascendente o lo vacío.

Yo creo, de Buenos Aires a Ciudad de México, a Lima, a Brasilia y San Cristóbal, que todos los soles de los días serán nuestros.

(Palabras de Eduardo Dalter en el encuentro de revistas poéticas y culturales «Poesía y fin de siglo», organizado por la Asociación de Poetas Argentinos el 16 y 23 de julio en el auditorio de la Antigua Librería Tomás Pardo, en la ciudad de Buenos Aires).